

Nuestra Leonor



No ha muchos años, reinó en este país una mujer mallorquina llamada Leonor Servera Melis, aunque no corría en sus venas sangre Real, ni que tampoco se había casado con un monarca, tuvo postrados a sus pies durante más de tres décadas a los más destacados representantes de las clases políticas y militares del país, el motivo no fue por supuesto Real, sino económico, esta mujer llegó a disponer del mayor imperio financiero que se ha conocido en España.

Nuestra Reina Leonor nació el 27-10-1887 en el seno de una familia acomodada, su padre era un acaudalado empresario afincado en Manacor.

En una época en que la mayor parte de la población de Mallorca pasaba severas penurias económicas, en una época en la que no existían derechos para las mujeres, nuestra Leonor dispuso desde su adolescencia de un gran caudal recursos económicos y de poder, que más tarde y por obra y gracia de Juan March se convertirían en ilimitados.

Al igual que la primera esposa del Rey Jaime I “El Conquistador” (nuestra otra Leonor), se desposó muy joven, a los 17 años de edad, con el mayor contrabandista de tabaco de Mallorca, un joven audaz y tramposo, que había engañado a su padre en lo que hacía referencia a la cuantía de su dote familiar, con el objetivo de hacerse con parte del dinero que guardaba en su caja fuerte.

Después de la boda, no tardó en encenderse para Leonor la llama del amor, pero... por otro contrabandista de Santa Margarita, un apuesto galán llamado Rafael del cual quedó prendada. Pero su romántico idilio se rompió súbitamente por el asesinato en 1916 de su reluciente Príncipe Azul, durante años se atribuyó a su consorte la autoría de aquél derramamiento de sangre, pero los testimonios y documentos que se han acumulado en los últimos años la acusan precisamente a ella de ser la inductora de aquella atrocidad, el siguiente fragmento extraído de una de las últimas cartas remitidas por Leonor a Rafael poco antes del crimen es bastante explícito: “sí tan empeñado estás en ir a Argel, puedes ir cuando te plazca, siento mucho ver tan grandes deseos y sé a que atribuirlo... me parece que poco tienes que hacer, más que ir a ver a la novia, tu ya sabes que el día que vuelvas a tener relaciones habrás concluido en mí”.

Nuestra Leonor estaba embarazada y su amante la abandonó escapándose con una joven y bella doncella de tan solo 18 años... la amenaza no tardó en consumarse, dieciséis puñaladas segaron la vida su amante.

Sin duda, aquella tragedia tuvo que romper para siempre el corazón de Leonor, pero la vida tenía que continuar. Leonor debía ser fuerte, tenía que dar a luz el hijo que engendraba y debía prepararlo para heredar la mayor fortuna de España.



Leonor Servera de March y su esposo presidiendo el acto de colocación de la primera piedra de Caubet, y de la creación de la Fundación Juan March en 1928, acompañados del Obispo y Gobernadores.



El Cardenal Spellman, rindiendo pleitesía a Leonor Servera en su Palacio de Palma.

Como consecuencia del adulterio que había cometido, se rompió su matrimonio en el estricto significado de vínculo conyugal..., nuestra Leonor fue una mujer apasionada, extremadamente celosa, vengativa y sobre todo muy inteligente, sin duda no tardó en deducir que para compartir el trono no era imprescindible compartir la cama. En base a esa premisa pactó con su consorte continuar con su sociedad marital de puertas para afuera.

Los informes de los cuerpos de seguridad del estado, derivados de la estrecha vigilancia a la que fue sometido Juan March en las distintas etapas políticas, salpicaron también a Leonor, así por ejemplo, un informe policial de 1924 la describe en estos términos: “se encuentra moralmente separado de su mujer que esta mal conceptuada, diciéndose que ahora tiene relaciones íntimas con un chofer de su servicio”. Después llegarían otros escándalos, al más puro estilo Catalina la Grande, el más sonado fue el romance con un cura que la visitaba y adulaba continuamente.

Nuestra Leonor era una mujer tenaz, en su diccionario no existía la palabra “derrota”, su obsesión por ganar era tal, que cuando jugaba a las cartas o al parchís con sus amigos, éstos que la conocían muy bien la dejaban ganar, para no ser objeto de su cólera.

Si bien es verdad que Leonor se casó con Juan March sin estar enamorada, también es verdad que pasados los años, en plena madurez, llegó a amarlo con una pasión desmedida. Me contó su nuera Carmen Delgado, que al terminar la II Guerra Mundial, regresó a Madrid procedente de Estoril, donde había pasado una temporada con su suegro, y al verla aparecer, Leonor le retiró el saludo en uno de sus ataques de celos.

Un par de amigas de Manacor que fueron a visitarla a “Sa Vall” con motivo de su onomástica, sobre 1950 aproximadamente, se sorprendieron al encontrarla radiante, hacía años que no la recordaban de aquella manera, el motivo les comentó era que “Juan me ha llamado desde Suiza para felicitarme”.

Pero desgraciadamente para nuestra Leonor, ya era demasiado tarde, su marido tenía una musa, una joven valenciana llamada Matilde, con la que compartía su vida sentimental vida desde 1929.

La última etapa de su vida la consagró básicamente a las obras benéficas, repartía sistemáticamente los grandes caudales del dinero que administraba, entre las clases más desfavorecidas y se hicieron especialmente famosos sus espléndidos donativos a la Iglesia.

Debido a esta última faceta, recibió el reconocimiento de propios y ajenos, y una buena parte de sus lacayos le rindieron pleitesía bautizando a sus hijas con el nombre de Leonor, tanto es así que éste es el nombre más frecuente entre las hijas de sus empleados de confianza.



Leonor Servera y Juan March en una de las últimas fotografías de la pareja.

A su muerte en 1957 fue enterrada con honores que recuerdan al entierro de un Jefe de Estado, en el panteón más grande y caro de Palma, el cuerpo de Leonor Servera descansa junto al de Juan March en dos sepulcros que presiden el crucero del panteón con sus estatuas sedentes maravillosamente trabajadas, inspiradas en las de los Reyes Católicos, el objetivo final de este carísimo entierro fue sin duda el de reinar después de muertos hasta la eternidad.